

Traducirse a sí mismo: Beckett a la luz de Benjamin, De Man y Derrida

Carles Besa Camprubí
Universidad Pompeu Fabra

Qué duda cabe de que si Beckett es un caso tan interesante y tan significativo en los anales de la literatura es en gran parte a causa del doble movimiento en que ejerció la actividad de la traducción de sí mismo. En efecto, como muy bien es sabido, el autor irlandés y anglófono de origen que era Beckett no sólo hizo del francés (a partir de 1945) su principal lengua de expresión, sino que además se dedicó a verter él mismo en dicha lengua la gran mayoría de sus obras escritas en inglés --y a la inversa, a verter en su lengua materna las obras que escribió en su lengua de adopción. Ni qué decir tiene que el tema ha sido ampliamente tratado por la dilatada bibliografía existente sobre el autor, aunque a nuestro entender pocos estudios hasta ahora han sacado la rentabilidad debida a la práctica de la autotraducción en el terreno de la teoría literaria. Vamos pues a desestimar aquí aquellos aspectos que más han suscitado el interés de la crítica y que desde nuestra perspectiva poco o nada aportan a la autotraducción entendida como proceso y no como producto, como estrategia y no como resultado. En este sentido, nos apartaremos voluntariamente de todo intento de profundizar en dos de los escollos en los que a nuestro parecer más se ha detenido la literatura sobre el tema. El primero concierne las hipótesis sobre las causas personales del exilio de Beckett de su lengua materna y su “renacimiento” en una lengua extranjera por lo demás soberbiamente dominada, aspecto que ha configurado ya un dossier demasiado abundante y que ha alimentado no pocas rencillas de carácter nacional. El segundo escollo al que aludíamos tiene que ver con las competencias de Beckett como traductor, las virtudes o defectos, los ajustes o desajustes de las versiones que emprendió de sus propias obras, y que hacen las delicias de los ejercicios escolares de traducción comparada, cuyo principal interés parece reducirse, al menos en el caso que nos ocupa, a subrayar que Beckett es más vulgar o hilarante, más cómico u obsceno en francés --por oposición a la frialdad y la crudeza, la austeridad y la elegancia que emanarían de sus textos en inglés¹. Lejos pues de pronunciarnos acerca de las conjeturas sobre la “ruptura” de Beckett con el inglés como primera lengua, y lejos también de emitir

¹ Véanse en este sentido los estudios de Cohn (1961), Cockerham (1975) y Fletcher (1976). Para un enfoque mucho más sugerente y perspicaz (menos empírico) remitimos a Ostrovsky (1976), Jones (1980) y Federman (1987).

todo juicio valorativo sobre sus talentos como traductor y los efectos que perseguía en sus segundas versiones --conjeturas y juicios que dejamos para voces más autorizadas--, preferimos lindar con un terreno más general, o si se quiere más teórico. Dicho brevemente, intentaremos aquí plantear aquellos problemas metodológicos fundamentales que permitan responder a las preguntas de por qué y en qué, tanto al nivel de la recepción como de la producción, un texto traducido por el mismo autor difiere del texto de una traducción clásica o convencional. Para ilustrar dicho propósito, aprovecharemos las consideraciones que sobre la traducción han hecho nombres tan ilustres como, entre otros, Walter Benjamin (1971), Paul de Man (1990) o Jacques Derrida (1985), pues nos ha parecido que, aunque no traten directamente del fenómeno de la autotraducción, dichos autores han sentado las bases para un estudio en profundidad sobre el tema.

Digamos de entrada que el reconocimiento público y notorio del bilingüismo de Beckett ha tenido una consecuencia en cierto modo paradójica y altamente perversa en el plano de la recepción de su obra. Efectivamente, la evidencia de que Beckett escribe por igual en dos lenguas diferentes y de que casi sistemáticamente traduce sus producciones de una a otra ha provocado una indiferencia bastante generalizada por saber si tal o cual novela o tal o cual pieza de teatro es el original o su "doble". Así, cada versión de cada texto tiende a ser considerado como un original independiente e inédito, pues su estatuto eventual de traducción no es reconocido como tal por sus lectores. Es como si existiera un único texto en dos lenguas diferentes, con lo que la autonomía y la idiosincrasia de la traducción como tal se ven escandalosamente escamoteadas. A dicho encubrimiento de la naturaleza de traducción de cada segunda versión colabora por supuesto la persistencia callada en los estudios beckettianos de dos tradiciones independientes y mutuamente excluyentes, e incluso diríase que rivales: la anglosajona y la francesa. Si exceptuamos aquellos artículos de índole comparativa en que se habla de las dos versiones de un mismo texto, el especialista elige una u otra según su propia lengua materna, haciendo caso omiso de la cronología de redacción de los textos y silenciando la condición de metatexto o de comentario interpretativo propia de toda traducción, condición que, como es sabido, es una de las piedras angulares y de las ya viejas reivindicaciones de la traductología².

² Y, por supuesto, también de la narratología. Véanse los dos ensayos de Gérard Genette (1982 y 1987); en el primero, el autor entiende la traducción como "la forme de transposition la plus voyante", puesto que, al ser las lenguas imperfectas --de lo contrario no habría más que una...--, toda traducción es inevitablemente infiel en el sentido etimológico del adjetivo --y por tanto "tout acte de traduire touche au sens du texte traduit" (pp. 238-239); en el segundo, Genette concibe la traducción como una práctica de innegable pertinencia paratextual, "à plus forte raison lorsqu'elle est entièrement assurée par lui [l'auteur], selon l'usage constant d'un écrivain bilingue comme Beckett, dont chaque traduction doit, d'une manière ou d'une autre, faire commentaire au texte original." (p. 372).

Diríase pues que, sancionados por una misma firma intraducible, texto de salida y texto de llegada no mantienen ninguna relación de endeudamiento, a pesar de la evidencia del contrato que liga uno a otro la repetición de los títulos y la necesaria limitación de las libertades que el primero impone al segundo, por mucho que este último presente respecto a aquél, como veremos, divergencias de sentido, adiciones, omisiones y sustituciones que reorganizan y redistribuyen la materia verbal primitiva.

Y ya que hemos traído aquí las nociones de firma, contrato y endeudamiento, no será inútil hacer un rodeo, como ya habíamos avisado, a través de Benjamin, De Man y Derrida; los tres han insistido en la paradoja de la necesidad y la imposibilidad de la traducción, paradoja de la que, nos parece, la autotraducción da cuenta de manera especialmente activa. Empecemos por Benjamin, de quien de hecho parten de Man y, en menor medida, Derrida. En su célebre ensayo “La tarea del traductor”, escrito como prefacio a su traducción de los *Tableaux parisiens* de Baudelaire, Benjamin escoge precisamente al traductor como figura ejemplar para tratar de responder a las preguntas generales que él mismo se formula sobre la naturaleza del lenguaje, que, como es sabido, ocupan en el autor alemán un espacio privilegiado del que se reclama abiertamente parte del pensamiento contemporáneo. Según Benjamin, el original y la traducción mantienen una relación de endeudamiento recíproco. Por una parte, la traducción depende del original, puesto que éste impone a aquél su tarea y su deber; pero por otra, en la medida en que dicha tarea y dicho deber son la condición misma de la posibilidad que tiene el original de sobrevivir, éste está en deuda con la traducción, de la misma forma que un padre o un testador no son nadie sin un hijo o un legatario a quien puedan hacer responsables de su propia supervivencia y que aseguren en cierto modo su futuro, ya que sin ellos pasarán a ser olvidados.

En 1983, y con la perspicacia a la que nos tiene acostumbrados, Paul de Man (1990) resumirá el artículo de Benjamin, en la última de las conferencias que pronunció en la Universidad Cornell. Después de mostrar las analogías que mantiene con la filosofía, la crítica y la teoría literarias, De Man apunta que, como ellas, la traducción “congela” el original, revelando en él una movilidad y una inestabilidad que de otro modo habrían pasado desapercibidas. Es como si, al ser traducido, el texto primario fuera descanonizado, perdiendo su carácter sagrado y parte de su valor de autoridad, es decir, el carácter y el valor de ser el original en cualquier sentido del término, puesto que lo que hace la versión es desplazar la lengua original, prosaizarla, desvelando disyunciones, interrupciones, debilidades, engaños y convenciones que no se corresponden con su pretensión primera. De Man no cita a Beckett en su ensayo, pero no es difícil advertir el interés de sus palabras si tenemos pre-

sente una de las características más notables de las segundas versiones del autor. Y es que, en sus traducciones, Beckett no sólo ha operado múltiples adiciones y numerosas sustituciones creadas *ex nihilo*; en muchas ocasiones ha tomado por original o punto de partida no ya el texto definitivo impreso en la lengua de partida, sino el conjunto de los borradores y esbozos manuscritos --los “avant-textes” como gusta decir la crítica genética ahora tan en boga--; Beckett parece “regresar” a esta etapa arqueológica o prehistórica del texto (el genotexto o producto inacabado) cuando el resultado del original no le satisface lo suficiente. Como ha mostrado Brian T. Fitch (1988) con notable rigor y convicción, al traducir, Beckett no repite casi nunca, sino que rehace o vuelve a fabricar. Naturalmente, esta “libertad bajo restricción” mitiga en gran parte la impresión de que la traducción es una actividad secundaria cuando no una esclavitud. Pero, sobre todo, lo que revela la autotraducción, retroactivamente, es el carácter esencialmente inacabado del original, el cual se verá de algún modo provisionalmente “completado” por los añadidos y los desplazamientos que le inflige la segunda versión. Como se ve, la diferencia respecto a la traducción clásica o convencional es considerable, puesto que en ésta última es en todo caso no ya la producción sino la recepción del original, la que se encuentra de algún modo “suspendida” o diferida por la aparición del texto de llegada. En definitiva, toda redacción de una segunda versión de la mano del autor confirma la famosa intuición de Valéry en el sentido de que una obra es siempre abandonada, y ello no sólo en el momento de decidir librarla a la imprenta, sino mucho antes, en cada frase y en cada signo. Claro que para llegar a esta constatación, evidente y casi insultante para todos aquellos que han empuñado alguna vez una pluma, no hacía falta simpatizar con la noción del “*possible-à-chaque-instant*” con que Valéry formularía qué es escribir, ni tampoco era menester llegar a las enseñanzas recientes de la genética textual, que han demostrado que el afán de la continuidad y de la totalidad no exhibe otra cosa que una especie de estado neurótico del lenguaje. La idea de lo inacabado como condición misma de la escritura se encuentra ya en Montaigne si no antes. La traducción implica, dice De Man,

el sufrimiento de la lengua original. Pensamos que estamos cómodos en nuestra propia lengua, sentimos una comodidad, una familiaridad, una protección en la lengua que llamamos propia, en la que creemos no estar alienados. Lo que la traducción revela es que esta alienación llega a su fuerza mayor en nuestra relación con nuestra propia lengua original, que la lengua original dentro de la cual estamos metidos es desarticulada de un modo que nos impone una alienación especial, un sufrimiento especial (p. 131).

Salta a la vista la pertinencia de estas palabras aplicadas al “caso Beckett”, a alguien que vivió el inglés natal como una enajenación o un préstamo, como la primera lengua y, por tanto, la más familiar (la menos personal), la que está construida con palabras de los otros, como una “maldita fornicadora” capaz de mantener el antiguo orden de vida, y que más tarde el autor intentará sepultar bajo una espesa capa de silencio. Las traducciones del francés al inglés están ahí, sin embargo, para demostrar el fracaso de dicho afán aniquilador: por mucho que uno se esfuerce por tapar las fisuras, la lengua se cuelga escondida y sin pedir permiso. La alienación consustancial al lenguaje --es decir, la imposibilidad de dominarlo--, sería pues, según Benjamin, uno de los fenómenos revelados con más contundencia por el acto de traducir. Dicho acto, efectivamente, manifiesta tres disyunciones principales, dos de las cuales son especialmente interesantes en este contexto. La primera, una disyunción o incompatibilidad entre el logos y la lexis, el *dire* y el *vouloir dire* --es decir, entre lo que se quiere significar y el modo cómo el lenguaje significa--; la tarea de traducir supone, efectivamente, aceptar la intervención de una intencionalidad voluntaria tanto en el qué como en el cómo del lenguaje, y dicha intervención exhibe a su vez, en un plano más teórico, la difícil convivencia entre la hermenéutica (que se ocupa del qué) y la poética (que se ocupa del cómo). La segunda disyunción exteriorizada o expuesta por la traducción es la separación entre la palabra y la frase, puesto que la fidelidad a la primera significa la destrucción de la segunda; dicho de otro modo, lo que la traducción cuestiona es la convicción de que palabra y frase son compatibles o conviven en feliz matrimonio, puesto que toda traducción *mot-à-mot* hace desaparecer completamente el significado. El ejemplo más claro son las traducciones que de Sófocles hizo Hölderlin --ininteligibles, precisamente, por literales.

También Derrida, en su famoso artículo “Des tours de Babel”, comenta largamente el texto de Benjamin, aunque las consideraciones que sobre la cuestión nos brinda el deconstruccionista no se agotan aquí; como es sabido, la historia de Babel --el nombre que se asemeja a la palabra que en hebreo significa confusión-- fascina a Derrida, quien la concibe como el emblema que reúne los temas del nombre propio y de la necesidad y la imposibilidad de la traducción, la cual sólo podría ser perfecta en el caso de que existiera una única lengua. Se trata de un asunto que recorre hasta tal punto toda la producción del autor que no es posible entender ésta sin pasar por aquél. Parafraseando al maestro, podríamos decir que en el caso de Beckett nos encontraríamos con un mismo firmante o nombre propio --el único nombre que no se deja traducir a otra lengua-- para dos textos distintos, el original y la traducción, lo que podría hacernos pensar que estamos ante un punto fijo que desafiaría el em-

puje de la “différance”. No es así, por supuesto, ya que no hay traducción que pueda definirse como una operación accidental, neutra y pasiva, una simple transmisión secundaria del sentido del original, como han intentado hacérselo creer ciertas corrientes de la enseñanza de las lenguas y, más recientemente, ciertos ensayos o experimentos de traducción automática. La traducción no es pues un anexo extemporáneo, sino un añadido o excedente necesario, porque completa un vacío o una ausencia, una carencia originaria. Dicho de otro modo: la traducción es un suplemento, en el doble sentido ya canónico y consagrado de apéndice y de sustituto que Derrida (1967) ha dado a este término³. Para el autor, “suplantar” no sólo quiere decir “añadir”, sino también “alterar”: se trata pues de una suerte de adición que, como toda repetición (una cita, por ejemplo) implica a un tiempo identidad y diferencia, iteración y “huella” indeleble o “resto” no expulsable. Se entenderá pues en este contexto la hipervaloración derridiana de aquellos textos cuya multiplicidad lingüística desafía al traductor: ¿cómo traducir, por ejemplo, expresiones que hacen resonar varias lenguas a la vez, como ocurre en el *Finnegans Wake*? o bien, ¿cómo verter al francés tal o cual poema de Paul Celan o de Borges en el que el alemán y el español incluyen ya palabras francesas? Claro que todo lector de Derrida mismo se da cuenta de inmediato de la pluralidad de lenguas que “trabajan” en cualquiera de sus textos, característica que no ha imposibilitado en modo alguno la existencia de muy buenas traducciones de sus obras --aunque sus autores se vean obligados a “continuar” el texto a través de notas aclaratorias donde ofrecen la equivalencia que les parece más exacta de los términos más difíciles; por supuesto, dicha pluralidad hace más patente si cabe que cualquier traducción ha de ser entendida no ya como transposición de un contenido semántico de una lengua a otra, sino más bien como el acontecimiento de un nuevo texto. Naturalmente, la noción del carácter creativo de toda traducción no es de Derrida, sino que proviene de muy lejos, puesto que es inherente a la idea antigua de que la traducción es una prolongación inevitable de la literatura misma. Se trata sin embargo de un aspecto que ha sido ocultado o disfrazado con mayor o menor fortuna desde latitudes y horizontes diversos. Es difícil, en este sentido, no convergir con Meschonnic (1973), quien, desde la lingüística de la enunciación que tanto vindica, acusa de “idealista” la distinción tradicional entre texto y traducción, por cuanto traducir es siempre transportar, es decir, producir un equivalente de sentido y de valor, de función y de funcionamiento, como intenta demostrar por otra parte el pro-

³ “Le supplément s’ajoute, il est un surplus, une plénitude enrichissant une autre plénitude, le *comble* de la présence [...] Mais le supplément supplée. Il ne s’ajoute que pour remplacer. Il intervient ou s’insinue *à-la-place-de*; s’il comble, c’est comme on comble un vide” (p. 208, en cursiva en el texto).

pio Meschonnic al traducir a Paul Celan desde una libertad poética e intuitiva sobre los resultados de la cual es difícil pronunciarse.

Curiosamente, quizás sea esta institucionalización de la idea de la homogeneidad entre escritura y traducción la que, al menos en parte, haya ocasionado un menosprecio bastante común por el análisis de los problemas específicos de la autotraducción literaria. Que sepamos, al menos en el caso de Beckett, tan sólo Brian T. Fitch ha indagado en el tema, mostrando que el texto cuyo traductor no es otro que el autor del original debe ser considerado como un caso singular. Fitch (1989) parte de la constatación de la ambigüedad de las segundas versiones de Beckett, ambigüedad derivada del hecho de que se trata de metatextos sin dejar de ser obras originales. Se objetará, a la luz de lo que hemos ya dicho, que es éste el doble régimen de toda traducción, pero hay que convenir que, en el caso de Beckett, se produce una exaltación muy marcada de dicha ley. Efectivamente, por una parte, en calidad de traducciones, los “dobles” de Beckett no pueden por menos que ofrecer un comentario o una interpretación de los textos primarios; pero, por otra, no se puede considerar la primera versión de la mayoría de ellos como su “único” original, ya que, como decíamos más arriba, en el momento de la traducción Beckett utiliza la versión definitiva tan sólo como una parte más de la materia textual, pues acude muy a menudo al conjunto de las variantes manuscritas, de las que selecciona numerosas unidades desechadas al redactar la primera versión, aparentemente definitiva. *Stricto sensu*, pues, no puede decirse, por ejemplo, que *Bing* sea el original de *Ping*, como tampoco lo es *Still* de *Immobile*: por oposición a las traducciones de las que siempre existen originales, para *Ping* y para *Immobile* sólo existirían variantes; el estudio genético corrobora pues que nadie más que Beckett hubiera podido producir la segunda versión de sus textos tal y como los conocemos. En su sin duda más ambiciosa aportación, Fitch (1988) analiza la relación que mantienen original y traducción --no sin bucear en los estadios preparativos de ambos--, y se autoriza de Benjamin para argüir que en el caso de los textos de Beckett no existe ninguna “primera instancia”, sino versiones de un mismo megatipo en el que se integrarían múltiples lenguas. Naturalmente, la idea está en consonancia con la apelación que hace Benjamin a un lenguaje puro y verdadero --“*die reine Sprache*”--, el lenguaje superior de antes de la caída, del que cada obra particular no sería más que un fragmento, con lo que cada traducción sería el fragmento de un fragmento; no es extraño que para el alemán, siempre tan profético y mesiánico, traducir sea un acto casi religioso, un acto que restaura y rememora la nostalgia de una lengua en la que se armonizarían todos los idiomas. De hecho, no está muy alejado de esta concepción George Steiner, el filósofo del sentido y la presencia, y que en su prolijo y por momentos abru-

mador *After Babel* utiliza la traducción como centro de gravedad y vía de acceso al estudio del lenguaje mismo. Sin embargo, su enfoque fenomenológico no acaba de convencer, por cuanto ignora la especificidad del lenguaje y de las lenguas en beneficio de una vaga pansemiótica a nuestro parecer demasiado inextricable.

El ejemplo de Beckett sugiere tal vez que tras toda traducción hay una parte de intimidación respecto a su objeto, y que esa intimidación tiene que ver más con la educación sentimental de quien traduce que con su aprendizaje formal. Como hemos insinuado a través de Benjamin, De Man y Derrida, traducir, como escribir, significa quizás “maltratar” o martirizar la lengua, en un proceso ambivalente de seducción y de rechazo que el psicoanálisis nos ha enseñado a leer⁴.

Bibliografía

- ADMUSSEN, R. L. (1979): *The Samuel Beckett Manuscripts: A Study*. Boston: G. K. Hall.
- BENJAMIN, W. (1971): “La tâche du traducteur”, in *Oeuvres*, t. I: *Mythe et violence*. París: Denoël, pp. 261-275.
- COCKERHAM, H. (1975): “Bilingual Playwright”, in Katherine Worth, ed., *Beckett the Space Changer*, Londres y Boston: Routledge & Kegan Paul, pp. 139-159.
- COHN, R. (1961): “Samuel Beckett Self-Translator”, *PMLA* 66, pp. 613-621.
- DE MAN, P. (1990): “Conclusiones: La tarea del traductor de Walter Benjamin”, in *La resistencia a la teoría*. Madrid: Visor, pp. 115-162.
- DERRIDA, J. (1967): *De la grammatologie*. París: Minuit.
- (1985): “Des tours de Babel”, in Joseph E. Graham, *Difference in Translation*. Ithaca: Cornell University Press, pp. 209-248.
- ECO, U. (1994): *La búsqueda de la lengua perfecta en la cultura europea*. Barcelona: Crítica.
- FEDERMAN, R. (1987): “The Writer as Self-Translator”, in Friedman,

⁴ Léase a este respecto el sugerente libro de Schneider (1985), escrito bajo el declarado influjo de Proust, y del que hemos entresacado, como muestra, la siguiente reflexión: “Écrire, selon un éclairage théorique psychanalytique, est fondamentalement entretenir un rapport transgressif et incestueux à la langue maternelle, toujours découverte, redonnée, agressée, et, sans tomber dans les généralisations excessives, on peut se risquer à dire que beaucoup d'écrivains furent malades de leur mère. [...] Écrire, c'est malmenager sa langue et parfois cela prend une dimension de défense sadique contre l'emprise maternelle, où la haine n'est pas absente. Il est remarquable de voir Proust insister sur cette *incorrection*, cette violence faite à la langue (le psychanalyste entend: à la mère à travers la langue maternelle) constitutive de son écriture.” (284-286).

- Rossman y Sherzer, eds., *Beckett Translating/Translating Beckett*. University Park, Penn. y Londres: Pennsylvania State University Press, pp. 7-16.
- FITCH, B. T. (1983): "L'intra-intertextualité interlinguistique de Beckett: la problématique de la traduction de soi", *Texte 2* ("L'intertextualité: intertexte, autotexte, intratexte"), pp. 85-100.
- (1984): "La problématique de l'oeuvre bilingue de Beckett", *Symposium 38*, 2 ("On Translation"), pp. 91-112.
- (1985): "The Status of Self-Translation", *Texte 4* ("Traduction/Textualité: Text/Translatability"), pp. 111-125.
- (1988): *Beckett and Babel: An Investigation into the Status of the Bilingual Work*. Toronto, Buffalo y Londres: University of Toronto Press.
- (1989): "The Status of the Second Version of the Beckettian Text: The Evidence of the Bing/Ping Manuscripts", *Journal of Beckett Studies* 11-12, pp. 16-26.
- FLETCHER, J. (1976): "Écrivain bilingue", *L'Herne 31* ("Samuel Beckett"), pp. 212-218.
- GENETTE, G. (1982) "XLII. Traductions", in *Palimpsestes: la littérature au second degré*. París: Seuil, pp. 238-243.
- (1987): *Seuils*. París: Seuil.
- JONES, A. (1980): "The French Murphy: from 'rare bird' to 'cancer'", *Journal of Beckett Studies* 6, pp. 37-50.
- MESCHONNIC, H. (1973): "D'une linguistique de la traduction à la poétique de la traduction", in *Pour la poétique II*. París: Gallimard, pp. 327-366.
- OSTROVSKY, O. (1976): "Le silence de Babel", *L'Herne 31* ("Samuel Beckett"), pp. 206-211.
- SCHNEIDER, M. (1985): *Voleurs de mots. Essai sur le plagiat, la psychanalyse et la pensée*. París: Gallimard.
- STEINER, G. (1975): *After Babel: Aspects of Language and Translation*. Nueva York, Londres, Óxford: Oxford University Press.

